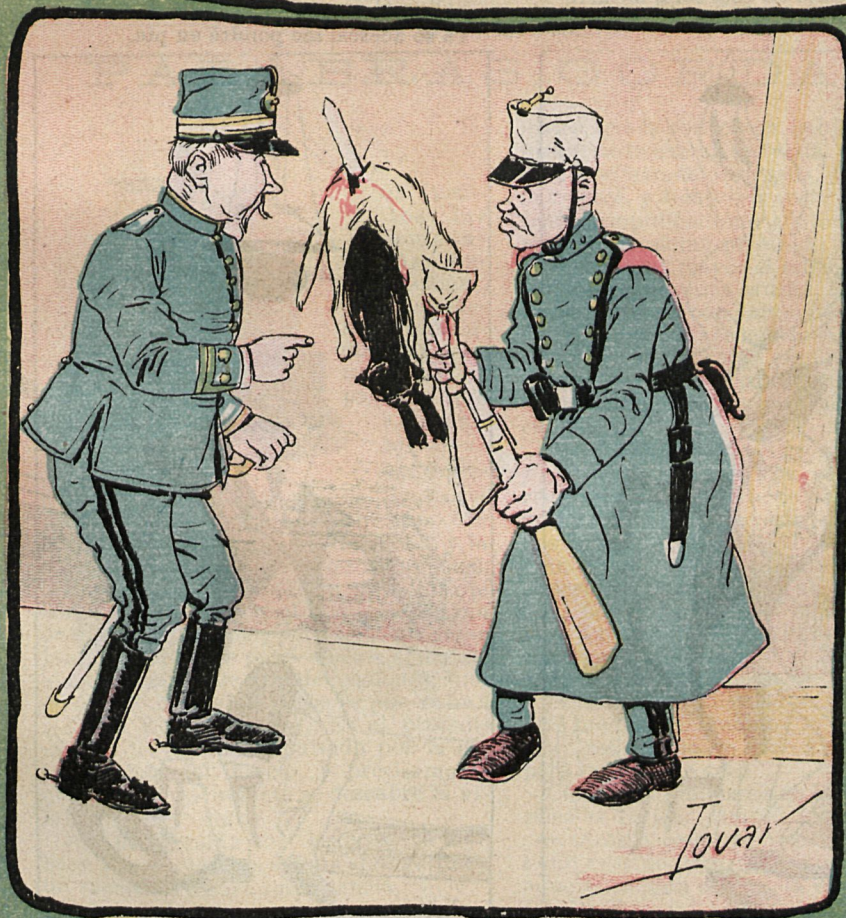


—¡La casa no! El cuartel entero se me ha caído.



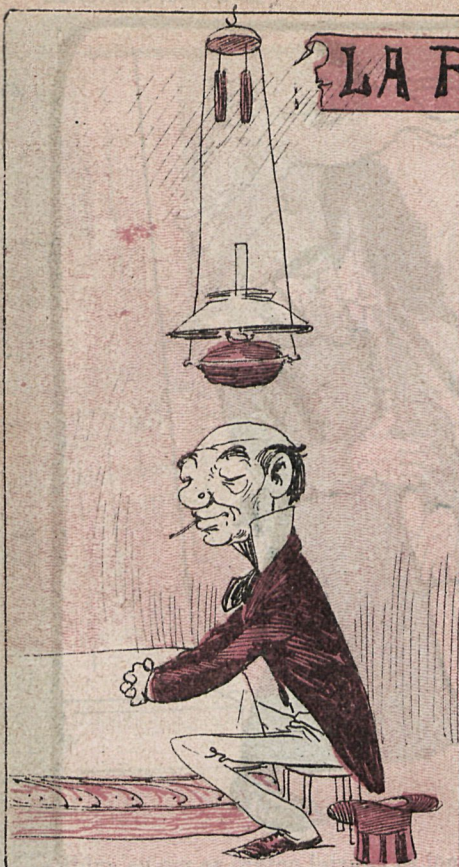
Jovar

—¡Qué bufidos da el gato de la mayoría! Estará de conversación con la gata de la cantinera. A la cantinera si que la decía yo: ¡miau!

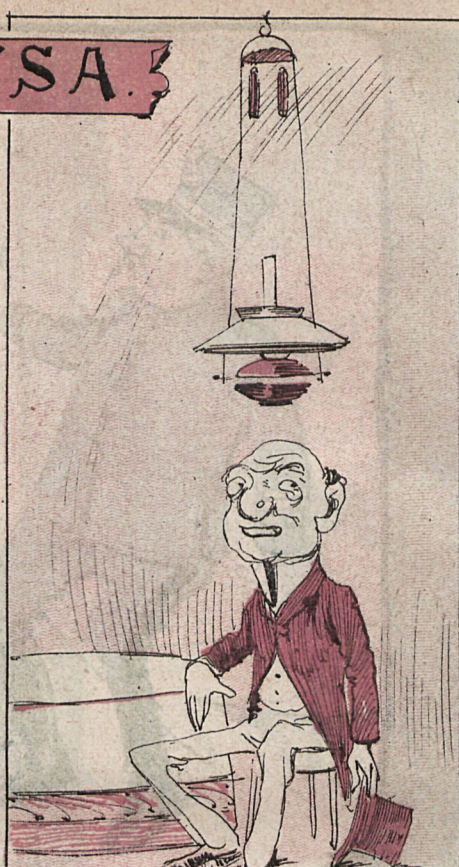
—¡Uy! este si que me da un bufido. Si me distraigo, se me viene la casa encima.

—¿Qué hace V. con eso centinela?—Al furriel en seguida y á las marmitas con ello...
—¡Nos ha caído rancho extraordinario!

LA RISA.



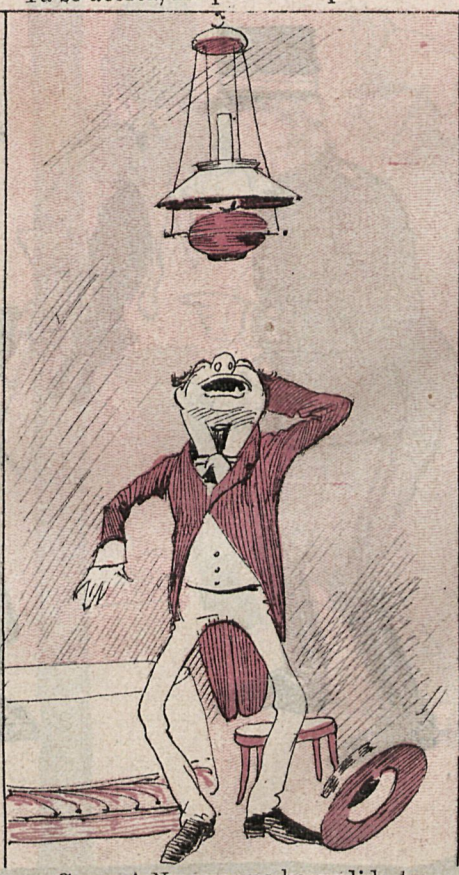
Quando se siente en este sofá, me arrojo á sus pies y la declaro mi amor.



Oigo el crujir de su falda de seda.. Ya se acerca; me pondré en pie.



¡Horror! el mundo se me viene encima



¡Carape! No se como he podido tropezar con la cabeza tan arriba.

UN PERRO LADRÓN

Las mujeres que hacen economías á espaldas de sus esposos pueden ver una lección, tan justa como severa, en el suceso á que se refiere nuestro grabado adjunto.

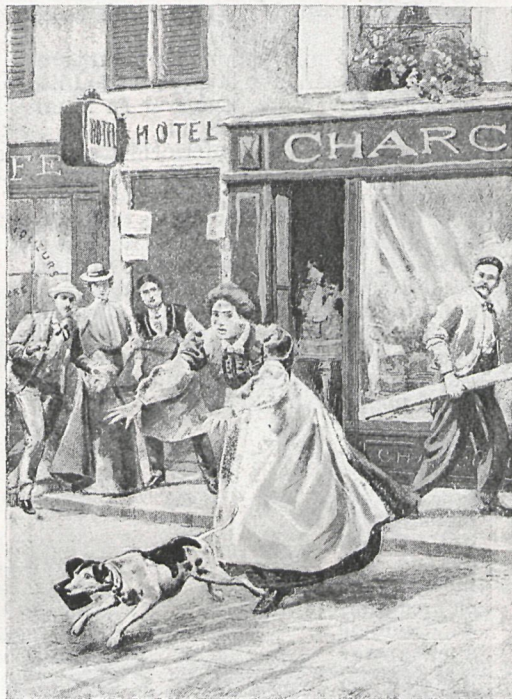
En París hay una calle que se llama *des Rosiers*, y en esa calle una tienda de carnes curadas y embutidos: una *charcuterie*. En la tienda habitan, como dueños de la misma, marido y mujer, ésta, joven, no mal parecida y ahorradora es la heroína del caso: llamémosla *H.*

Pues la tal *H.* había ido ahorrando (con suerte, ¿eh?) hasta reunir la suma de 28.000 francos, ¡que ya es franqueza!

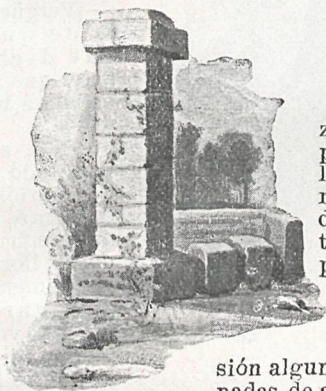
Metidos en una cartera de tela en forma de sobre guardaba sus veintiocho billetes de mil francos, y los llevaba cosidos al cubre-corsé. Este había que renovarlo, y *H.* una mañana se puso en la tienda á deso- ser la carterita para mudarla de lugar.

Por la puerta entró un perro de caza, que empezó á jugar con *H.*, y de pronto aprehendió entre sus mandíbulas la cartera y salió á la calle corriendo.

H., llena de consternación, salió tras el can, pero ni el perro ha parecido ni de los billetes se tienen noticias.



PALABRAS GORDAS



os insultos, las amenazas, las imprecaciones, las blasfemias, las maldiciones por terribles y espantosas que sean no me causan impresión alguna.

Son bocanadas de aire vano con las que se desahoga la ira impotente y la cólera mezquina de los míseros humanos.

Pudiera creerse que esa tormenta de lengua no es más que el síntoma externo de grandes pasiones; pero sería un error juzgar así, porque precisamente el maldiciente no es ser de grandes pasiones, sino de ánimo mezquina, agitada por ruines móviles y sentimientos. Es el procedimiento del imbécil impulsado por la cólera risible del insecto, y precisamente por ese procedimiento se descubre la vileza del que lo sigue.

Así lo juzgarán mis lectores; yo tuve hace pocos días ocasión de apreciarlo en un suceso de escasa importancia.

Salía yo de mi casa por un asunto importante, y apresurado por falta de tiempo, y al atravesar una calle principal, tropecé involuntariamente con una cesta de to-

mates que la vendedora había dejado en medio de la acera. La cesta, estrecha de base y sumamente cargada, cayó apenas la tropecé, y sembró la acera del colorado fruto, impidiéndome continuar mi camino y viéndome precisado á detenerme para no hacer mayor el estropicio.

Rápida como una ardilla, la vendedora cogió una pesa con ánimo de arrojármela á la cabeza, pero se contuvo al verme en guardia con el bastón cogido por el tercio y dispuesto á recompensarla en madera el obsequio que pretendió hacerme en hierro.

Una llamarada de ira asomó á sus ojos, y lanzándome coléricas miradas, prorrumpió en una serie de denuos, que yo no los he oído mayores, ni más variados en toda mi larga vida. Con decir que eran de lengua de verdulera, acreditó su superior calidad. Hubo un momento en que, faltándome la paciencia, pensé molerla á bastonazos; pero el temor de descender al nivel de aquella furia me hizo contenerme.

Dominé mi indignación, y con el tono más modesto del mundo, la dije:

—Creo que no he dado á usted motivo para insultarme así.

Como si mi moderación hubiera centuplicado la ira, cambió los insultos en amenazas; y como yo hice un movimiento de costado para alejarme terminando aquella enojosa escena, la rabiosa verdulera tradujo mi prudencia en cobardía y se lanzó resueltamente contra mí.

Por segunda vez tuve serenidad bastante, y en vez de romperla la cabeza de

un palo pasé el bastón á la mano izquierda, y con la derecha cogí su brazo izquierdo y exclamé placenteramente:

—Cálmese usted, mujer, y recoja usted sus tomates.

Acompañé mis palabras con tal apretón, que á pesar suyo la clavé de rodillas en el suelo y le hice conservar su humillante posición delante de mí.

La conciencia de su inferioridad caldeó aún más la lengua de aquella furia; ya no se atrevía á insultarme, ya no me amenazaba, pero soltó tantas y tales maldiciones, que no quedó en la tierra ni en el cielo ser, persona ú objeto que no sufriera las descargas de su asquerosa rabia.

A nuestro alrededor se había formado un corrillo y yo estaba violentísimo en aquella situación, porque no estaba seguro de conservar el aplomo que hasta aquel momento había tenido.

Apareció un guardia municipal. Sin preguntar palabra se dio cuenta del suceso y me interrogó en una mirada, dándome á entender que se ponía á mis órdenes.

La verdulera, cuya lengua no había respetado al Ser Omnipotente, calló como una muerta ante el municipal, el cual exclamó con voz de trueno:

—Recoja los tomates y largo de aquí.

Creí que era deber mío interceder por la increpada y dije al municipal:

—No tiene la culpa esa pobre mujer, sino yo, que sin querer, he derribado su cesta, quitándola la ocasión de la venta.

Solté entonces el brazo de la mujer, que levantó atónita los ojos y me miró con tal sorpresa, que á poco más me hace reír. Con la mayor humildad se dirigió al municipal y dijo balbuceando por el miedo:

—Déjeme usted recoger mi pobreza y me iré donde usted mande.

—No hay motivo ninguno, dije yo, para que se haya formado este corrillo; despeje usted esta gente.

Así lo hizo el municipal, pero sin alejarse mucho, como deseoso de tener á raya á la iracunda verdulera, tan súbitamente amansada.

La mujer fué recogiendo y limpiando los tomates con el delantal, sin atreverse á levantarse del suelo ni alzar siquiera la cara.

Sólo se le oía gemir penosamente. Puse un poco de atención, y sobre sus curtidas

mejillas vi deslizarse dos lágrimas silenciosas. Agucé los oídos y la oí murmurar con apagada voz: «He perdido lo mejor de la venta. ¡Con haberse caído se han estropeado muchos tomates! ¡Lo que es hoy no gano ni para comprar un panecillo!»

Lo que con insultos, amenazas y blasfemias no había conseguido aquella desventurada, lo consiguió con su humildad y con aquellas angustiosas lágrimas, sintiéndome yo pesaroso por el daño que mi encuentro la había causado, y verdaderamente conmovido exclamé:

—Atienda usted, buena mujer; ya que he causado á usted perjuicio, aunque sin querer, hágame el favor de tomar estas dos pesetas.

Se levantó, me miró, no ya con sorpresa; me miró con un asombro inconcebible y me contestó:

—No, señor; no las tomo. ¡Si toda la cesta no vale siquiera una! Además, de otra persona las tomaría, pero de usted me da muchísima vergüenza.

Y debía ser verdad, porque el cortido rostro de la verdulera estaba del color de sus tomates.

—¡Vergüenza de qué! ¿He dicho algo que la ofenda á usted?

—No, señor; ¡todo lo contrario!—exclamó la mujer echándose á llorar con inmensa amargura; me da vergüenza por lo que le he dicho á usted...

pero como es una así... y se ha criado sin educación... vamos, que se va la lengua... y dice una cosas que luego le pesan...

Hizo ademán de marcharse enjugándose las lágrimas. Yo fuí entonces el que la detuvo.

—Ya suponía yo que ni usted me insultaba con razón, ni me amenazaba con ira; no soy tan chiquillo...

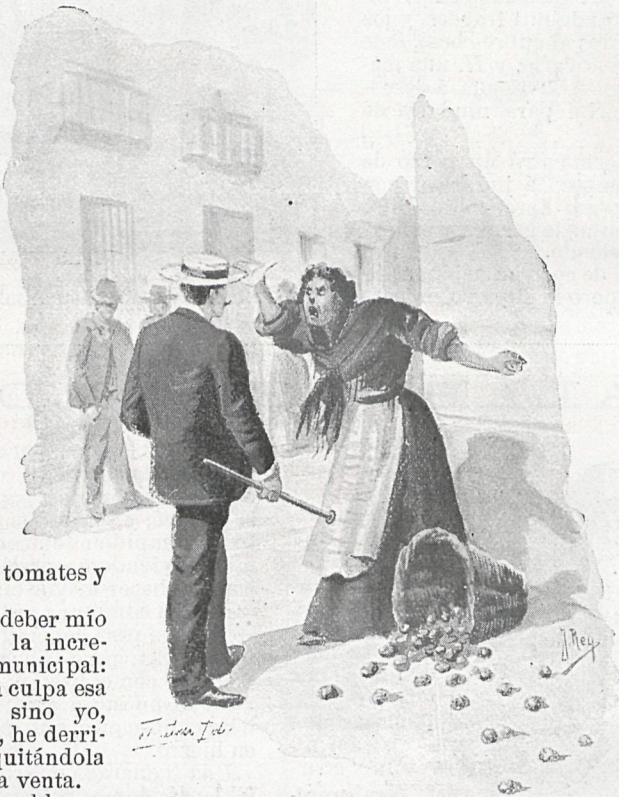
—Toma, pues si hubiera usted sido chiquillo...

—¡Hola! ¡hola! ¿Conque si hubiera yo sido un chiquillo hubiera usted pasado á vías de hecho?

La verdulera, sorprendida por esta pregunta, se mordió los labios.

Yo continúe:

—Conque si un infeliz muchacho, por un aturdimiento muy perdonable, hubiese



tropezado con la cesta de usted, le hubiese usted pegado..., herido, tal vez... lisiarle para toda su vida... quizás por un golpe desgraciado dejarle muerto... No; no lo ha pensado usted bien. Eso es una cobardía.

—¡Sí. Tiene usted razón, dijo sofocada la verdulera; no sabe una lo que hace! En fin, gracias á Dios...

¡Cómo gracias á Dios! ¿Pues no ha estado usted insultándole groseramente y tratando á su Santísima Madre peor que á una ramera?

La verdulera estaba cárdena de vergüenza y tan sofocada que no acertaba á contestar.

—Ha blasfemado de Dios y de la Santísima Virgen porque veía usted remoto el castigo, y ha sido cobardemente humilde ante el municipal porque podía inmediatamente sacudir á usted un par de bofetones.

El que blasfema es un cobarde.

—Es verdad, señor, es verdad—repuso la verdulera llorando;—pero ya ve usted, costumbre de toda la vida... lo hace tanta gente.

—Pues no hacerlo en lo sucesivo, ya que usted confiesa que la blasfemia es una injusticia, además de ser una cobardía. Y sobre todo, si tiene usted hijos, no los enseñe á blasfemar.

Para lección de moral, en medio de la calle, me pareció larga la entrevista. Llamé al municipal, y dándole las dos pesetas, le dije:

—Esta pobre mujer rehusa tomar esias dos pesetas por el perjuicio que la he causado.

—Tómalas, mujer, dijo el municipal con tono de autoridad seca, poniéndoselas en la mano.

—Muchas gracias, señor, replicó la ver-



D. JACINTO RIBEYRO
distinguido literato.

dulera; muchas gracias por todo, por todo lo que usted me ha dicho, que no lo olvidaré en mi vida, y que le agradezco muchísimo más que las dos pesetas, y eso que con ellas tengo pan para mis hijos.

Se enjugó las lágrimas con el delantal y continuo por la calle adelante, gritando con voz entrecortada y ronca por la emoción.

—¡Maduros... como la grana... tomates!
Jacinto Ribeyro.

LIBRO NUEVO

Piedras preciosas es el apropiado título que da la Biblioteca Moderna al cuarto de los libros que lleva publicados.

Son cien sonetos trazados por la vibrante pluma de Salvador Rueda, única á quien es permitido tornar en poesía escrita los rayos del sol meridional.

La idea originalísima de vender la pedrería legítima al precio de los diamantes americanos (50 céntimos) no impide que el libro sea un primor editorial; como obra literaria no es primor, sino catedral, porque Rueda ha dis-

currido no contentarse con lo amatorio: en vez de limitar su horizonte á la gamma de la naturaleza y del amor, ha puesto á contribución en *El poema de los átomos* la creación entera, y en *Los mármoles* los más bellos asuntos de la estatuaría clásica.

No recomendamos el libro; ¿para qué? Rueda es el solo poeta de este tiempo á quien se le ve el alma á través de los versos, y esa sinceridad de su musa es lo que le ha procurado tantos amigos é imitadores.

G.

TEATROS

Apolo —*El corneta de órdenes*, de Carlos Arniches, gusta más cada noche y son llamados al proscenio actores y autores.

Prosiguen los ensayos de *Los gitanos*.

Zarzuela. — Continúan proporcionando buenas entradas *La balada de la luz*, *El Guitarrico* y *La Tempranica*.

Princesa. — Matilde Moreno y M. Muñoz hacen un *Don Juan Tenorio*, que merece verse.

En breve se verificará el estreno de *La reina y la comediante*, con decoraciones de Murriel y muebles y tapices de época.

Parish. — *El tesoro escondido*, es una obra que con intérpretes como la Srta. Domingo y Casañas, quedará de repertorio. También en el *Lío de la Africana* obtienen, V. González y la Srta. Gurina, muchos aplausos.

Eslava. — *Lucha de clases*, de Sinesio Delgado y Abati, continúa llevando mucho público.

Sandías y melones, de Arniches, está ensayándose.

Moderno. — *Don Gonzalo de Ulloa*, de Perriñ y Palacios, tuvo un éxito franco y grande. Esta obra que tiene mucha gracia, pero mucha gracia, se representará en toda España.

Lara. — Continúan los ensayos de *Condición humana*, de López Marín.

La compañía de este elegante teatro es aplaudidísima todas las noches, y en verdad que todos se lo merecen.

Comedia. — *Los galeotes* proporcionan á sus autores y á la compañía muchas salidas al proscenio y á la empresa buenas ganancias.

García Ortega, Vallés, Rubio, Mendiguchía, La Riva y las señoras Pino y Rodríguez y señoritas Catalá y Bettini están inimitables en la hermosa obra de los señores Alvarez Quintero.

Español. — El abono es nutrido en este coliseo. Todas las noches se ve la tablilla: «No hay billetes.»

Un espectador que paga.

GRAN TALLER

DE

BORDADOS

CASA SALVI

Trabajos artísticos, en toda clase de telas, para **teatros, bailes, estandartes, banderas, cintas para carreras, uniformes, objetos de sala, gabinete, dormitorio, comedor, despacho,** etc.

LABORES RELIGIOSAS

Esta casa se dedica en especialidad á la ejecución de *ternos, casullas, cortinas de sigrario,* paños de altar, *estandartes* y cuantas labores de culto que pueda desear la persona del más refinado gusto é ilustración.

Esta casa sólo se dedica al trabajo fino.

CLAVEL, número 1, entresuelo, MADRID.—CASA SALVI

LICOR

DEL

POLO DE ORIVE

Este dentífrico higiénico es el único que combate las caries; sus condiciones antisépticas son asombrosas. La venta de 20 000 frascos por mes en Madrid solo, demuestra la supremacía del **Licor del Polo de Olive** sobre todos los dentífricos extranjeros. No tiene sacarina, salol ni ácido salicílico, que son tan perjudiciales al esmalte, y contiene un dentífrico alemán.

LA ELEGANCIA

Semanario de modas, para señoras y señoritas, el más útil y práctico. 3 meses, 3,50 ptas.—6 meses, 7 ptas. Se suscribe en nuestras oficinas: **Clavel, 1. Madrid.**

Gran Taller

DE

FOTOGRAFADO

con todos los adelantos modernos.

P. Santamaría.

1, Clavel, 1

PARODIAS

CON

CARICATURAS

de las obras teatrales que más éxito obtienen.

La Golfemia, 25 céntos.

Maria de los Angeles, 25 céntimos.

La balada de la luz, 25 céntimos.

De venta en nuestras oficinas y en las principales librerías de España.

INSTANTANEAS

Es la revista más útil, artística y económica que se publica los sábados.

En España, seis meses, 6 pesetas.—Un año, 12.—En Portugal y América fijan el precio los señores corresponsales. Extranjero, 15 pesetas año, pago adelantado.—Oficinas: Clavel, 1, Madrid.

Año 1898: colección de 12 números y el 13, que es el almanaque para 1899, 4 pesetas.—Año 1899: números del 14 al 65, 10,50.—Año 1900: almanaque, 1.—Album «Instantáneas sevillanas», 0,50.—Album de Zaragoza, 0,50.—Album de Carnaval, con 58 figurines de máscaras, 0,50.

ALBUMS MINIATURAS INSTANTANEAS DE BAILARINAS

La bella Guerrero, 0,25 pesetas.—Carmen Luque, 0,25.—Amparo Gómez, 0,25.—Tapas para 1898, 2,90.—1 tem para 1899, 2,90.—Idem para 1900, cuatro meses de Enero á Abril inclusive, 2,90.—Idem para 1900, de Mayo á Diciembre, 3 pesetas.

LA BORDADORA

ARTÍSTICA

Albums de labores

y abecedarios

Un número mensual de 16 páginas.

Cada album, 2,50 pesetas.

Tres meses, 7 ptas.

Oficinas: Clavel, 1

MADRID

DIBUJOS

Para toda clase de labores de realce, encajes, matiz, cañamazo, crochet, etc.

ALMACÉN de papel y objetos de escritorio de B. AYORA, Concepción Jerónima, 15, Madrid.



ADMINISTRADOR

DE

FINCAS

En Madrid, se ofrece con garantías en las oficinas de

INSTANTÁNEAS

CLAVEL, 1.—MADRID

Los números regionales

Zaragoza, Navarra, Valencia, Bilbao, Cartagena

se venden en nuestras oficinas al precio de 50 céntimos.

Instantáneas es un semanario elegante y de forma nueva, tirado en papel couché.

Instantáneas tiene 20 páginas de texto, ilustraciones y fotografías.

Instantáneas es un semanario de actualidad de literatura clásica, humorística y artística.

Instantáneas publica 16 páginas de novela encuadernable.

Instantáneas contiene cuatro páginas en colores con título de *La Risa* y de caricaturas.

Instantáneas abrirá concursos originales con premios.

Instantáneas, á pesar de la gran cantidad de elementos que contiene, solo cuesta **20 céntimos** número en España.—**30 céntimos** en el Extranjero.—**40 reis** en Portugal.—**1 peseta** un mes en España y **200 reis** en Portugal.

Oficinas: **Clavel, 1, Madrid,**

INSTANTÁNEAS

ha puesto á la venta en todas las librerías de España y Portugal un gran retrato tirado á dos tintas de Pablo Sarasate, el gran violinista universal. Solo cuesta 1,25 pesetas y se remite certificado pidiéndolo á sus oficina **Clavel, 1, Madrid**

EL GRAN TACAÑO

por D. Francisco de Quevedo.

CONTINUACIÓN

esa, ¿había cosa más alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, torcos y picazas que hablan, y meter para el entremés monas. Por cierto alta cosa es esa.

—Otras más altas he hecho yo—dijo—por una mujer á quien amo, y ve aquí novecientos y un soneto y doce redondillas—que parece que contaba escudos por maravedís—hechos á las piernas de mi dama.

—Yo le dije que si se las había visto él, y respondiome que no había hecho tal por las órdenes que tenía; pero que iban en profecía los conceptos.

Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oírle, tuve miedo á tantos versos malos; y así comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veía liebres, y respondía él:

—Pues empezaré por uno donde la comparo á ese animal, y empezaba luego. Yo por divertirle le decía: ¿Ve vuesa merced aquella estrella que se ve de día? A lo cual dijo: En acabando éste le diré el soneto treinta en que la llamó estrella, que no parece sino que sabe los intentos de ellos. Afligime tanto con ver que no se podía nombrar cosa á que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando vi que llegamos á Madrid no cabía de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fué al revés, que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los niños oían poeta, no quedaría troncho que no viniese por sus pies tras nosotros por estar declarados por locos en una pragmática que había salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidióme muy congojado que la leyese si la tenía. Prometí hacerlo en la posada; fuíme á una adonde él se acostumbraba á apear, y hallamos á la puerta más de doce ciegos: unos lo conocieron por el olor y otros por la voz. Diéronle una barbanca de bienvenido, abrazólos á todos y luego comenzaron unos á pedirle oración para el Justo Juez en verso grave y sentencioso, tal que provocase á gestos; otros pidieron de las ánimas, y por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos y díjome: Más me han de valer de trescientos reales los ciegos; y así con licencia de vuesa merced me recogeré ahora un poco para hacer alguna de ellas, y en acabando de comer oiremos la pragmática.

¡Oh vida miserable!, pues ninguna lo es más que la de los locos, que ganan de comer con los que no lo son.

CAPÍTULO X

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar á Cerecedilla, donde dormí.

Recogióse un rato á estudiar herejías y necesidades para los ciegos. Entretanto se hizo hora de comer; comimos, y luego

pidieron se leyese la pragmática. Yo, por no haber otro que hacer, la saqué y la leí, la cual pongo aquí por haberme parecido aguda y conveniente á lo que se quiso reprehender.

Decía de este tenor:

PRAGMÁTICA

contra los poetas hueros, chirles y ebenes.

Dióle al sacristan la mayor risa del mundo, y dijo: hablara yo para mañana. Por Dios que entendí que hablaba conmigo y es sólo contra los poetas ebenes. Cayóme á mí muy en gracia oírle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decía:

Atendiendo á que este género de sabandijas, que llaman poetas, son nuestros prójimos y cristianos—aunque malos,—viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatillas, haciendo otros pecados más enormes, mandamos que la Semana Santa recojan á todos los poetas públicos y cantoneros, como á las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan y procuren convertirlos, y para ello señalamos casas de arrependidos.

Item, advirtiendo los grandes bochorros que hay en las caniculares, y nunca anochecidas coplas de los poetas del sol, como pasas á fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas: les ponemos perpetuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses vedados á las musas, como á la caza y pesca, porque no se agoten con la priesa que les dan.

Item, habiendo considerado que esta secta infernal de hombres, condenados á perpetuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mujeres; declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre y necesitado, mandamos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen á sus damas de todos metales. Aquí no lo pudo sufrir el sacristán, y levantándose en pie, dijo: Mas no, sino quitarnos las haciendas; no pase vuesa merced adelante, que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi juez, por no causar perjuicio á mi hábito y dignidad; y en prosecución de ella gastaré lo que tengo. Bueno es que siendo yo eclesiástico hubiese de padecer este agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal pragmática, y luego quiero irlo á averiguar ante la justicia.

En parte me dió gana de reír; pero por no detenerme—que se me hacía tarde,—le dije: Señor, esta pragmática es hecha por gracia, que no tiene fuerza, ni apremia,

(Continuará.)

INSTANTÁNEAS

BIBLIOTECA CLÁSICA - LA RISA

AÑO III A IV DE SU PUBLICACIÓN

Esta revista semanal de arte y letras es la más elegante y útil de España

DIRECTOR: D. MANUEL SALVI

Instantáneas es un semanario presentado bajo una forma nueva y original, tirado en colores en papel couché.

Instantáneas tiene 20 páginas de texto, ilustraciones y fotografías por nuestros mejores literatos, dibujantes y *amateurs* fotógrafos.

Instantáneas es un semanario de actualidad, de literatura clásica, humorística, mundana y artística.

Instantáneas publica 8 páginas encuadernables de novela clásica y contemporánea en cada número, tirada en papel couché.

Instantáneas contiene cuatro páginas en colores con el título LA RISA, ejecutados por nuestros mejores caricaturistas.

Instantáneas abrirá una serie de concursos originales, con grandes premios, para sus lectores.

Instantáneas estará de venta los sábados en todas las librerías y puestos de periódicos, y en sus oficinas, Clavel, 1, Madrid.

Instantáneas á pesar de la gran cantidad de elementos que contiene, sólo cuesta

20 céntimos el número en España.

30 céntimos en el extranjero.

40 reis en Portugal.

Una peseta al mes en España.

200 reis al mes en Portugal.